CAPITULO IX

EL ARQUITECTO

47. El arte de edificar, que se honra con el nombre de *arquitectura*, no puede existir en las épocas primitivas del desenvolvimiento social. Antes de la producción de edificios verdaderos, es menester que se opere en las artes mecánicas un progreso más considerable que el que pudieron realizar salvajes del tipo inferior, superior al que encontramos entre los pueblos parcialmente civilizados.

Es verdad que los pueblos prehistóricos dejaron construcciones de piedras brutas, dispuestas con un orden rudimentario, así como habitaciones subterráneas de piedra, construidas groseramente; son los orígenes de la arquitectura. Si extendemos su concepto hasta el punto de incluir en ella estos ensayos, podemos hacer notar como hecho significativo, que el arte de la construcción fué utilizado primero ya para preservar de peligros á los muertos, ya para servir á las ceremonias de los muertos deificados. En los dos casos, la arquitectura, en sus sencillos comienzos, respondía á las ideas de los hombres que curaban ó de los sacerdotes primitivos. Era necesario que tuviera un director, y apenas podemos deducir que fuese el director á la vez el hombre de las aptitudes especiales,

y el que se suponía estar en comunicación con los espíritus desaparecidos que se quería honrar.

Pero ahora, sin hablar más de esta prueba vaga, pasemos á los efectos que nos facilitan aquellos pueblos semicivilizados ó civilizados que han dejado vestigios y anales.

48. Encontramos en seguida el hecho evidente, paralelo al que ha quedado atrás implícito, de que la arquitectura primitiva legada por las naciones más antiguas, provenía del culto de los antepasados. Sus primeras fases se mostraron ya en tumbas, ya en templos, que, como hemos visto, son formas más ó menos desenvueltas de un mismo principio. De ahí viene que siendo los dos medios de culto, unos simples, otros complejos, llegaron estos monumentos á encontrarse bajo la intervención del sacerdocio; y podemos deducir que los primeros arquitectos fueron sacerdotes.

Uno de los ejemplos que podemos citar en primer término, pertenece á la India antigua.

Nos dice Manning: «La arquitectura era tratada por los sabios indos como cosa sagrada.»

Leemos también en Hunter: «La arquitectura india, aunque colocada en el rango de los *upaveda* ó partes suplementarias del saber inspirado, arrancaba su desenvolvimiento de un impulso mucho más búdhico que brahamánico.»

En el *Ceylan* de Tennent hay pasajes que demuestran de varias maneras las relaciones entre la arquitectura y la religión y sus ministros. Numerosos pueblos hicieron de la caverna la tumba-templo primitivo, y en Oriente adquirió, en ciertos casos, gran desenvolvimiento. Una fase de este desenvolvimiento en Ceilán, está descrita como sigue:

«En los *Rajavali*, pasa Devenipiatissa por haber he-

cho ahuecar las cavernas en la dura roca del lugar sagrado llamado Mihintala»; y allí están las más antiguas residencias de los dignatarios superiores del sacerdocio en Ceilán, cuyo recuerdo se conserva.

»Los templos de Budha eran al comienzo tan modestos como las residencias de los sacerdotes. No se hace de ellos mención alguna durante los primeros tiempos del budhismo en Ceilán, período en que las cavernas y las grutas naturales fueron los únicos lugares de devoción.»

A propósito de los períodos más recientes durante los cuales surgieron «monumentos religiosos prodigiosos» añade Tennent:

«Los anales históricos de la isla (Ceilán) recuerdan con una gratitud piadosa, las series de *dagobas*, *wiharas* y de templos construidos por «Devenipiatissa y sus sucesores.»

»Un *dagora*» es un monumento erigido para conservar una de las reliquias de Gotama... y se admite con cierto candor en el Mahawansa, que la intención que presidía á su creación era ya la de producir objetos á los que pudiera el público tributar ofrendas!»

Aunque en eso no hallemos pruebas de que los arquitectos fuesen sacerdotes, otros pasajes, sin embargo, nos muestran que los templos budhistas, fueron obra de reyes conversos que obraban bajo la dirección de los sacerdotes. Además, el desenvolvimiento original de la arquitectura era un objeto religioso y su carácter, sagrado. Por consiguiente, van implícitas en el hecho de que los sacerdotes «prohibiesen al pueblo construir habitaciones con otros materiales que tierra cocida al sol».

Este último extracto recuerda el contraste general que existía en antiguos reinos históricos, entre las habitaciones del pueblo y las construcciones consagradas á los dioses y á los reyes. Las vastas trincheras de donde exhumó Layard los restos de templos babilónicos y asíricos, se componen de depojos de ladrillos secos al sol, mezclados, sin duda, con algo de madera descompuesta, utilizada para la construcción de casas ordinarias. Lechos sobre lechos, se acumularon esos despojos, hasta que los templos se sepultaron; sepultados están todavía algunos templos de Egipto. Sea que fuera esto á causa de la carestía de la piedra, ó á causa de la prohibición de servirse de ella para todo uso no religioso; sea, en fin, que hayan obrado las dos razones simultáneamente para producir este resultado, el resultado general fué el mismo,—la arquitectura comenzó por estar al servicio de la religión (comprendiendo con este nombre el culto de los antepasados simple ó desenvuelto); estaba, por consiguiente, bajo la intervención del sacerdocio. Las ulteriores pruebas que nos ofrece la antigua Babilonia, por ejemplo, son bastante elocuentes aunque indirectas. Hablando del templo, que era asimismo un palacio, dicen Perrot y Chipiez «que ritos solemnes inauguraban su construcción en solicitud de prosperidad de los dioses», é incluyen que su plano dependía de una tradición admitida (de la cual eran los sacerdotes depositarios); escriben:

«¿Pertenecían á la clase sacerdotal? No sabemos nada. Estamos dispuestos á creerlo hasta cierto punto, á causa del carácter profundamente religioso de las ceremonias que acompañaban la inauguración de los trabajos del edificio, y por lo que nos dicen los antiguos, de este género de sacerdotes que llamaban *los caldeos*.»

Y puesto «que adquirió impulso considerable la arquitectura en Caldea, parece que necesitara cierto

grado de saber»; los sacerdotes que eran los únicos que estaban en posesión de la ciencia debieron ser los arquitectos.

Pruebas suficientes nos procuran los anales de esta relación entre los egipcios. Dice Rawlinson:

«Aunque la arquitectura de los primeros tiempos haya tenido un carácter casi por completo sepulcral, nos encontramos, sin embargo, con cierto número de hechos que prueban que, desde el comienzo, tuvo el templo un lugar en la consideración de los egipcios aunque fué este lugar muy inferior al que ocupó la tumba.»

Escribe Duncker, pasando revista á todas estas pruebas:

«En el grado de perfección adquirido por el arte egipcio, tuvieron los sacerdotes la parte dominante. Los templos y las tumbas de reyes no podían ser levantados, á no ser según sus planos; porque en estas cosas esencialmente sagradas, había medidas y números sagrados.»

Hace falta añadir todavía algunos hechos á título de ejemplos. Se refiere de Mentu-hotep, que

«Como arquitecto y jefe del rey favoreció el culto tributado á los dioses é instruía á los habitantes del país lo mejor que podía, según sus conocimientos, como Dios ordena que debe hacerse.»

He aquí pasajes relativos á la décimanovena y á la vigésimaprimera dinastía. Bekenkhonsu ostenta en su estatua el siguiente lema:

«Yo era un gran arquitecto en la villa de Amón, he sido santo padre de Amón, durante doce años experto en el arte, y el primer profeta de Amón.»

E Hirhor, el primero de una sucesión de sacerdotes reyes, se intitula, al servicio del rey: «Arquitecto en

jefe del rey y general en jefe del ejército», de lo que se puede deducir sin esfuerzo que si el sacerdote no hacía siempre los planos, los dirigía invariablemente, porque, como dice Rawlinson, «es... muy cierto que existía en el Egipto antiguo una censura religiosa del arte».

Los primeros ejemplos que nos proporciona la literatura griega se hallan en la *Ilíada*. El sacerdote Chrysés, gritando venganza é invocando la ayuda de Apolo, dice: «¡Oh Smintheo! Si siempre edifiqué templos agradables á tus ojos, ó si siempre quemé en tu honor buena carne de muslo de toro, ó cabras, cumple mi deseo; que los Danas paguen con tus flechas mis lágrimas.»

Vemos por este hecho que la función del sacerdote que hace sacrificios va unida á la de arquitecto, la cual asimismo lleva implícito un carácter sagrado. Las indicaciones ulteriores son muy sujestivas, ya que no concluyentes. He aquí un pasaje de Curcio:

«Mas la conexión inmediata entre los sistemas de arquitectura sagrada y la religión de Apolo está clara. Apolo mismo fué designado como el arquitecto divino en las leyendas relativas á la fundación de sus santuarios.»

Y dice en otra parte:

«Así se formaron escuelas de poetas que no estaban menos íntimamente unidas al santuario que lo estaban el arte de la arquitectura sagrada y la escultura hierática.»

Pero, como vimos anteriormente, la falta de una organización sacerdotal en Grecia dificultó el desenvolvimiento de las profesiones en general, y entre otras la de los arquitectos.

Vimos en otros casos que en el culto romano no er

indígenas muchas cosas, y que la importación de la ciencia y de la técnica extranjeras llevó la confusión al desenvolvimiento de las profesiones. La inflencia de los etruscos era señalada, y la arquitectura parece que fué una de las aplicaciones religiosas que derivan de ellas. Escribe Duruy:

«La Etruria suministra los arquitectos que edificaron la *Roma quadrata* del Palatino, y que construyeron sus templos; suministra los necesarios tocadores de flauta en la celebración de ciertos sacrificios.»

Pero la identidad entre el jefe de los sacerdotes y el arquitecto en jefe, en la persona del *Pontifex maximus,* aunque demuestra la relación de que se trata, nos recuerda al mismo tiempo una de las causas primeras del origen eclesiástico de las profesiones, la posesión del saber y de la habilidad por los sacerdotes. Entre los pueblos primitivos la habilidad particular está asociada á la idea de un poder sobrenatural; el herrero mismo estaba considerado como un mago en algunas tribus africanas. Por esta causa, el romano que primero imaginó la bóveda, ó el que primero desplegó habilidad construyendo una bóveda, fué considerado como inspirado por los dioses, porque aunque la bóveda nos sea ahora de tal suerte familiar que no excite la curiosidad, cuando apareció por primera vez, tuvo que haber parecido un exceso de esfuerzo incomprensible. De ahí una razón bastante verosímil, ó en todo caso una causa subordinada para que el sacerdote y el constructor de puentes hayan sido una misma persona en el origen.

49. Después de la caída del imperio romano, la desorganización social que detuvo la actividad del espíritu y sus manifestaciones, detuvo también la arquitectura.

Cuando tuvo lugar su resurrección, se manifestó por la construcción de edificios eclesiásticos de un género ó de otro bajo la vigilancia de la clase sacerdotal. Haciendo Lacroix alusión á ciertos monasterios de benedictinos, escribe:

«En ellos se formaron los arquitectos capaces y los ingenieros eclesiásticos que erigieron tan gran número de edificios magníficos á través de toda Europa, y después de haber consagrado su vida á una obra de fe y de piadosa devoción, condenaron por unanimidad casi todos sus nombres al olvido».

Hablando de Francia, donde hasta el siglo X se conservó un número escaso de arquitectos, añade el mismo autor:

«Entre ellos están, sin embargo, Tutilou, un monje de Saint-Gall..., Hugues, abad de Montier-en-Derf; Austeé, abad de Saint-Gorze..., Morard, que con la cooperación del rey Roberto, reedificó hacia fines del siglo X la iglesia vieja de Saint-Germain-des-Près, en París; y en último lugar, Guillermo, abad de Saint-Benigne, en Dijón, que llegó á acaudillar una escuela de arte.

Dice todavía: «En la diócesis de Metz, Gontran y Adelard, célebres abades de Sain-Trudon, cubrieron á Habaye de nuevos edificios. Adelard, dice un cronista, dirigió la construcción de catorce iglesias.»

Esta asociación de funciones continuó todavía por mucho tiempo después; según Viollet-le-Duc, las casas religiosas, la abadía de Cluny en particular, proporcionaron en los siglos XI y XII la mayor parte de los arquitectos que en Europa occidental edificaron, no sólo edificios religiosos, sino también edificios civiles y quizá militares.

La diferencia entre el arquitecto y el sacerdote va implícita en la siguiente cita de Lacroix:

«Fué en este período (de transición del normando al gótico) cuando la arquitectura, como todas las demás artes, abandonó los monasterios para pasar á manos de arquitectos laicos organizados en cofradías.»

Habla Viollet-le-Duc en el mismo sentido, cuando al notar que en el siglo XIII hace el arquitecto su aparición como individuo independiente y como laico, dice que hacia los comienzos de este siglo «vemos un obispo de Amiens... encargando edificar una gran catedral á Robert de Luzarches, arquitecto laico». Se puede añadir á esa, otra prueba curiosa de esta transición.

«Dice Rafael en una de sus cartas, que el Papa (León X) había designado á un monje anciano para asistir á la dirección de la construcción de San Pedro; y da á entender que espera aprender algunos secretos de la arquitectura de su experto colega.»

Pasando á Inglaterra, encontramos que hace observar Kemple en *The Saxons in England*, hablando de los monjes, que

«La pintura, la escultura y la arquitectura se extendieron gracias á sus esfuerzos, y los mejores ejemplos de estas artes civilizadoras los ofrecían las iglesias y los monasterios.»

En el mismo sentido habla Eccleston:

«Debemos á Wilfred de York y á Benedict Biscop, abad de Wearmouth en el siglo VII, la introducción de un estilo de arquitectura perfeccionada; y bajo su dirección se levantaron varias iglesias y algunos monasterios con un esplendor inusitado.»

Y más tarde, hablando de los edificios de los normandos y de sus autores, dice de estos últimos:

«Entre los más adelantados, figuran los obispos y otros eclesiásticos, cuya habilidad, en materia de arquitectura, no era menos eficaz que sus riquezas bien distribuidas.»

No he mostrado cómo se verificó la transición de la arquitectura eclesiástica á la arquitectura laica; pero es probable que con el tiempo el arquitecto eclesiástico haya llegado á no ocuparse más que en el carácter general del edificio, dejando la construcción al cuidado del maestro de obras, de quien desciende el arquitecto de profesión.

50. Sólo por fórmula casi, haremos aquí mención de la integración y consolidación que en nuestros días alcanzó la profesión de arquitecto. Pocas cosas hay que añadir, como no sea que los arquitectos fueron pocos en la época antigua consonando en número con la cantidad relativamente escasa de edificios, y que por eso apenas pudieron hacerse la segregación y la asociación. Recientemente se fundó un instituto de arquitectos (Institute of Architects), y el cuerpo de los hombres que se dedican á ese arte tiende á definirse cada vez más con la imposición de exámenes de grado.

Al mismo tiempo la cultura del arte y la defensa de los intereses de quienes se ocupan en él, son el principal objeto de diferentes publicaciones periódicas especiales.